



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 32.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

30 de Agosto de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Advertencia.—Un suspiro á la Estrella del mar, por doña María Hurtado.—**Calvario y Redencion**, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El hermano Leon**, por don F. G. R.—**Sobre una tumba**, poesía, por don Juan Vega.—**El devocionario**, poesía, por don D. J. Delicado y Rendon.—**Soneto**, por don Francisco Jimenez Campaña.—**Variedades**.



Suplicamos á nuestros lectores, encomienden á Dios el alma del padre de nuestra directora, DON FRANCISCO DE PAULA LOZANO, que falleció en uno de los días de Setiembre próximo pasado, despues de una larga y penosa enfermedad.

El justo dolor de la Sra. Lozano de Vilchez por tan sensible pérdida, la ha impedido ocuparse de sus trabajos literarios, y ha motivado el retraso de nuestra revista.

Desde hoy vuelve á dedicar su tiempo á *La Madre de Familia*, suplicando á los señores suscritores dispensen esta falta involuntaria, que muy en breve ofrecemos subsanar, quedando terminados los cuarenta y ocho números del presente año, antes de finalizar el próximo diciembre.

UN SUSPIRO

LA ESTRELLA DEL MAR.

I.

Pudorosas y tiernas vírgenes de Sion, que ocultais vuestras delicadas facciones bajo tupidos velos; templad acordemente vuestras sentidas arpas y entonad un himno de gracias al Eterno; porque ya una Virgen sin comparacion, más purísima y sublime que cuantas la han precedido, ha descendido á la tierra para dar un nuevo lustre, y añadir ricos florones á la viginal corona que adorna vuestras sienes.

Bellísimas doncellas de Nazaret, que alegráis con vuestras dulces melodías el solitario nido de la Paloma del Cielo; dirigid un cántico de gloria al Santo Dios de Sion, porque ya su mano bondadosa ha colocado sobre la morada de Ana, la que llamábais estéril, la fragante y blanca Azucena que ha de perfumar la tierra con el suavísimo olor de sus virtudes.

Respetables patriarcas de la nacion escogida;

ilustres herederos del trono de Judá: nobilísimas princesas del reino de Israel: desprendeos por algunos momentos de la alegre animacion que reina en la ciudad Santa; abandonad la soberbia Jerusalen, y dirigid vuestros pasos á la modesta habitacion de Joaquin, donde la tierna Tórtola del paraíso celeste ha posado su planta para acoger bajo sus castas alas al Deseado de las naciones á quien con tantas ánsias esperais.

Y tú pueblo todo de Judá; magnífica Jerusalen, la ciudad amada de Salomon; levántate, y alégrate en tu santuario, y tus vírgenes canten al delicado sonido de tus lirás las bondades del Altísimo; porque ya la Virgen de las vírgenes ha llegado hasta tu suelo como rocío bendito, para ser el bálsamo divino que ha de mitigar todos los dolores de la humanidad.

Estas frases y otras muchas parecen modular el silencioso y suave murmullo del arroyo, la hermosa flor que se engalana con el poético velo del rocío, y la altiva y elegante palmera que se mece blandamente inclinando su esbelta copa impresionada al recibir el apasionado y suave beso del ambiente matinal.

Pero ¡ay! que nadie parece apercibirse de estas tiernas indicaciones, porque el hombre no comprende ni sabe el inmenso beneficio que Dios le concede el día 8 del mes de *Visri* (Setiembre.)

La naturaleza duerme envuelta entre los últimos crespones de la noche; y el mundo abismado en el profundo letargo de la corrupcion, la ignorancia y el error, duerme con el sueño de una muerte eterna entre los brazos de la iniquidad.

La ciudad amada de Salomon no es ya el centro de los Samueles, Abramnes y Eliseos.

Los nobilísimos príncipes del trono de David, las delicadas princesas de la casa de Israel, han desaparecido; descendiendo del alto pedestal de sus mayores al humilde hogar de una cabaña.

La corona que debiera ceñir sus sienes, descansa sobre la cabeza de un malvado que, ébrio de furor y de ambicion, ha ido cortando una á una todas las ramas de la descendencia real, y los pocos vástagos que han quedado libres de su crueldad, se han contentado con abandonar su puesto como tímidas gacelas, temiendo al alfanje aterrador del asesino de la hermosa Mariamne.

Porque el pueblo hebreo tan privilegiado y distinguido por Dios, no es ya el que con sus formidables escuadrones y magníficos campamentos admiraba á Balaan y aterraba á las ciudades cananeas; ni sus hijos son los fuertes adalides de David que ponen su vida en su palma por aplacar la sed de su rey, ni los valientes y patrióticos Macabeos que derraman su sangre

gota á gota por la gloria de su Dios y la independencia de su patria: no. La ciudad amada del rey de los Cantares se ha tornado en el centro de viles herodianos que alagan criminalmente la crueldad de Herodes; de despreocupados romanos que sirven mejor al que mas les paga; y sus príncipes y sus hijos solo son una cadena de esclavos cobardes y afeminados, que besan envilecidos la despótica mano que les tiraniza y oprime.

Mas es preciso que esto suceda. Esta debilidad del pueblo hebreo, no es otra cosa que el efecto de una disposicion divina para que se cumplan las Escrituras; y para que á la destruccion del reino de David, se suceda la formacion del reino celeste, divino y eterno que el verdadero David, el Mesías prometido, ha de edificar sobre las ruinas de aquel por el que tantos años ha sido representado.

II.

En efecto: el mundo duerme con el sueño inerte del delito en su corazón; la virtud gime oprimida por las duras cadenas de la idolatría, y mientras Herodes medita nuevos planes que satisfagan su desmedida codicia y afiancen su corona, algunos seres nobles y virtuosos, que cual restos perdidos se conservan todavía libres del general naufragio, meditan la venida del Anunciado por los profetas, y ruegan á Dios entre suspiros y lágrimas, para que se digne enviar á la tierra su divino Libertador.

Dios acepta los fervorosos ruegos de aquellos corazones sencillos que ponen en él la fe y la esperanza; y entre el blando céfiro de las auras, envuelta en los finos y delicados encajes del alba, y sostenidas por millares de ángeles, el Altísimo envia á la tierra la inmaculada Copa de oro que ha de encerrar en su castísimo cáliz la Víctima infinita del amor.

Y Joaquin y Ana, esposos destinados para conservar el Tesoro divino, reciben con incomprendible gratitud y profunda veneracion el sagrado depósito que el Eterno les confia, en una niña, hermosa como el sueño de la inocencia y rubia como el finísimo polvo de oro. Su sonrosada boca mas encantadora que los alelías de Jericó, respira una mansedumbre y una dulzura infinita: y en sus hermosas y claras pupilas destella una chispa de luz divina, cual la mirada de Dios.

Su padre estasiado al contemplarla tan hermosa, eligió para Ella el nombre mas hermoso, y que mejor podia expresar las multiplicadas gracias de esta niña sin igual.

Este nombre fué María; nombre suavísimo y dulce, el mas sublime y poético que han combinado jamás las letras del alfabeto.

Tosco y humilde lino cubre sus delicadas formas, pero en su tersa y bellísima frente tan resplandeciente como el nombre que lleva, trae impresa la magestad de Ester; la fortaleza de Judit; la discrecion de Abigail, y la inteligencia de Débora. Porque Ella es la Hija Predilecta del Ser Supremo, la Escogida de su amor infinito, el perfecto y bellísimo ideal de las grandezas del Eterno.

Oh! María, madre de Dios, encierra en sí sola todas las perfecciones de sabiduría, belleza y valor que el Altísimo concedió y concederá jamás á todas las criaturas reunidas.

Dios mismo contempla con infinito gozo su obra, y los ángeles absortos y asombrados se preguntan con admiracion: ¿Quién es ésta, que nace y se levanta como la alegre mañana, hermosa como la luna, llena y escogida como el sol, sin haber otra en la tierra que la iguale? (1) Y absortos y pasmados plegan humildemente sus resplandecientes alas, y adoran á la modesta Niña ante cuyas soberanas plantas habian de prosternarse un dia las mas altas potestades de la tierra.

III.

Y el cielo se regocija y el infierno se estremece con el nacimiento de esta Virgen sin manilla; y los depravados hijos de Satan, huyen horrorizados hasta el último rincón de sus profundos abismos, exclamando: ¿Quién esta esta Niña incomprensible ante cuya sublime fortaleza se estrellan impotentes nuestras terribles flechas? Porque las mas sutiles maquinaciones, los mas certeros tiros y penetrantes dardos del príncipe del Averno, se deshacen y disuelven ante la casi infinita sabiduría é invencible fortaleza de María, cual el menudo polvo se disipa al poderoso soplo del huracán.

Satanás tiembla de rabia y furor porque su pueblo vacila; y cada saeta que dispara volviéndose contra él parece decirle: tiembla espíritu maléfico y seductor, porque esa niña es la Mujer fortísima é invencible que segun Dios te anunció, ha de quebrantar tu cabeza.

Tiembla: parecen repetirle los ámbitos del Averno estremeciéndose: porque esa Niña tan humilde está destinada por el Altísimo para ser la Madre del Hijo de Dios; la que ha de dar al

mundo la Luz increada que disipará las espesas sombras del pecado, desgarrando y descorriendo con la suavísima y clara luz de su doctrina el negro y tupido velo de la supersticion y maldad con que tus engañosos ardidés han cubierto el universo.

Temblad, si; espíritus infernales, repite hoy el alma católica, entusiasmada de gozo en el nacimiento de la Madre de Dios: temblad; porque la humildad de María ha sido vuestro castigo: su virtud elevada y sublime ha confundido vuestra estudiada malicia; y por medio del Fruto Santísimo de su seno inmaculado, os ha despojado de las principales armas con que encadenábais al hombre, haciendo brillar ante su vista un dia de eterna claridad; dia que vosotros quisisteis arrancar del alcance de su mano, y que sin Ella jamás hubiera podido obtener: (esto es, si Dios no hubiese tomado las formas del hombre en su castísimo seno.)

Maria Hurtado.

(Concluirá.)

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

María á Fabian.

Te anuncié en mi última carta, hermano mío, que el conde me esperaba segun me había dicho Pedro, con el pretexto de que le diera el brazo para dar un paseo matinal.

Si hubiese podido excusarme de acudir á aquella entrevista, indudablemente lo hubiera hecho, por que los sucesos de la noche anterior habian quebrantado mi espíritu y me sentía sin fuerzas para soportar nuevos dolores.

Pero, ¡ay! que en esta casa no soy mas que una pobre jóven á quien se paga para que obedezca y cuyos servicios se tiene siempre derecho á exigir.

¿Qué iba á hacer pues?

Aceptar aquel nuevo tormento, beber hasta el fin la copa del martirio, ponerme frente á frente de aquel hombre que me creía culpada, y sufrir en silencio sus reconvenciones ó sus consejos con la cabeza inclinada y con el corazón hecho pedazos, pero sin poder revindicarme.

Así se lo había ofrecido á Amelia, así me lo había jurado á mi misma, al pensar en la paz futura de Horacio, y así estaba resuelta á cumplirlo entonces.

(1) Matth. 3 n. 17.

Bajé pues al jardín, y crucé algunas de sus calles en silencio.

El estaba allí.

Se hallaba sentado en un banco de piedra, y sin duda me esperaba por que estaba ligeramente inclinado hacia adelante y parecia escuchar con una grande atencion.

El conde estaba envuelto con negligencia en una bata de damasco y tenia la cabeza descubierta, lo que me dejó notar la intensa palidez de su frente, que hacia mayor aun la sombra de sus negros cabellos.

En aquel noble semblante habia mucha amargura retratada, y yo me estremecí á impulsos de una idea estraña que infundia un nuevo dolor y una nueva lucha en mi corazon.

Vacilé un instante, pero al fin me acerqué temblando al sitio en que se encontraba.

—¿Es V. María?—murmuró él con acento opaco é inseguro.—¿Es V?

—Me á dicho Pedro que aquí me esperaba V. E. y he venido á recibir sus órdenes,—contesté con la voz temblorosa tambien.

Hizo un gesto de disgusto que yo noté al punto, y añadió.

—Se me ha mandado, y he obedecido, señor Conde.

—Suprima V. el tratamiento. Yo la llamo sencillamente María, bien lo ve V.

—Oh! es bien diferente!—murmuré.

—Sin embargo... yo se lo ruego.

Callamos por un instante y al cabo exclamó con acento impetuoso.

—¿Quién es el hombre á quien V. ama?

Quedé muda é inmóvil ante esta pregunta que no esperaba y á la cual no supe dar una respuesta.

—Oh! añadió con espresion indefinible;—debe valer mucho para que V. le haya hecho dueño de su corazon! Pero nó,—añadió despues de una pausa:—debe ser un miserable cuando solo busca la sombra y el misterio para acercarse á la mujer que le ama.

La frente de Horacio se contrajo al pronunciar estas palabras, y yo cada vez mas agitada sentia que las frases huian de mis lábios y las ideas de mi cerebro.

—Perdone V.—dijo él pasados algunos instantes,—perdone V. si la he ofendido, pero algo se debe dispensar á un hombre que sufre mucho.

—¿Qué sufre V?—exclamé pensando que si él padecía iba á ser inútil mi costoso sacrificio.—¿Que sufre V? ¿y por qué? ¿no es acaso la Condesa pura y honrada? ¿no conserva limpio su nombre? ¿no se ha extinguido la terrible duda que ayer le torturaba á V. el alma, y que yo leí escrita

en su frente? pues si todo esto es así ¿por qué se llama V. desgraciado, señor Conde?

—No me pregunte V. nada, María; no quiera V. saber lo que yo no puedo decirla,—me respondió con un afán infinito.

—Es que yo juzgaba verle hoy más dichoso, más en calma que ayer,—añadí con angustia—y si me hubiera equivocado...

—Ayer, María,—respondió:—exaltaba mis ideas y me volvía loco el pensamiento de que se escarneciese mi honra y se cubriese de oprobio mi frente, sin que en mi impotencia pudiera pedir cuenta de ello al que tal hacía: ayer era mi razon, era mi dignidad, y mi decoro ofendido lo que me desesperaba, y me hacía padecer: hoy es mi corazon el que se desgarrá: hoy es mi alma la que siente, y siente de un modo terrible y cruel: ayer por orgullo ocultaba á todos mi tormento, hoy por deber hago un secreto de mi agonía.

—¿Será posible Dios mio!—murmuré sin saber apenas lo que decía.

—Si lo es,—dijo Horacio—sí lo es; yo estoy condenado á vivir siempre entre sombras.

—Oh!

—Dios habia robado la luz á mis ojos—empezó á decir con rapidéz—y vivia en las tinieblas: los seres que me rodeaban, frívolos ó egoistas, se alejaban de mí sin comprender lo que pasaba en mi alma: vivia en medio de la sociedad aislado, solo, replegado en mí mismo: habia adquirido la terrible certeza de que la desgracia rompe ó afloja los lazos mas santos, y en medio de mi desengaño veia á cada cual tal como es, y le daba en mi corazon el lugar que se le debia. Yo no sé como, pero un dia escuché una voz que estremeció mi alma y adiviné la presencia de un ángel al lado mio: tuve fe en la virtud, creí en la pureza y en la abnegacion, y aquel clarísimo rayo de sol que Dios permitía vislumbrar á mi espíritu, prestó calor á mi pecho, lenitivo á mi mal, vida á mi pensamiento: ya no me creia solo, ni en tinieblas, ni ciego; y dí gracias al cielo porque colocaba, aunque lejos, una celeste estrella en la noche de mi existencia.

—Oh!—murmuré turbada y confusa, sintiendo que mi vista se anublaba, y dudando, ó no queriendo entender sus palabras:—ya comprendo quien era ese ángel. Elvira...

—Mi hija!... Ay! algo habia en aquel sentimiento del afecto de un padre: puro, casto, desinteresado como él, mas bien amor del cielo que amor de la tierra, ocupaba solo mi alma, viviendo en ella como en un santuario.

—Pero Elvira está ahí: y su cariño nunca puede mentir ni faltar.

—Es verdad! la han enseñado á amarme, la han enseñado á ser mi consuelo, pero hay desencantos que nada puede hacer olvidar!

El Conde inclinó la cabeza sobre el pecho con profundo desaliento y yo le contemplé llena de turbacion.

¡Ay de mí! hubiera dado la mitad de mi vida por poner término á aquella entrevista y no hallaba medio para huir de allí.

Mi situacion era cada vez mas violenta. ¿Para que me habia hecho llamar Horacio, qué es lo que intentaba decirme? si queria preguntarme algunos detalles, sobre mi conducta de la noche anterior ó recriminarme por ella, ¿por qué no lo hacía? por qué divagaba de aquel modo y se ocupaba mas de sus sentimientos y sus dolores, que de la falta que debia suponer en mí?

Todas estas ideas rodaban en mi mente sin que pudiera darles mas que una solucion, pero esa me espantaba, esa no queria admitirla ni un solo instante por que en ella veia mi mayor desgracia!

Ay! Fabian, hermano mio, lo que todo corazon amante juzga como la suprema dicha, hubiera sido para mí la mas terrible desventura.

Amar sin esperanza y guardando nuestro secreto en el fondo del pecho como en una inviolable tumba, es un tormento cruel! pero amar y sentirse amada y tener que combatir no solo el amor que sentimos, sino el amor que inspiramos: y combatirlo resueltamente, tratando de extinguirlo para siempre: ¡oh Fabian mio, esto es mas cruel y mas terrible todavía!

Yo adivinaba en el rostro de Horacio, en sus frases, en el timbre de su voz, algo que me hacía estremecer, algo que me aterraba, y hubiera dado mi existencia por estar cierta de equivocarme.

Oh! que iba á ser de mí si él me amaba!

Por que yo estaba cierta de que el sentimiento que le hubiese inspirado se asemejaría mucho al que llenaba mi corazon.

Puro, indefinible; mezcla de admiracion, de respeto y de compasion: sin aspiraciones, sin esperanzas, sin sueños de ventura: pero resignado, lleno de abnegacion, dispuesto al sacrificio.

Y sin embargo, era preciso arrancarlo de su pecho, era un deber extinguirlo para siempre, y yo sumisa y resignada y leal, estaba dispuesta á hacerlo.

Para ello me bastaba una palabra, una frase.

Él, ciego, incapaz de juzgar de la belleza fisica, solo habia podido amar en mí alguna hermosura moral. ¡Una vez ésta destruida, el desencanto era inmediato: al casto afecto sucedería el olvido, y á la admiracion, el desprecio.

Todo esto lo abarqué con una sola mirada: lo reasumí en un solo pensamiento y me sentí bastante fuerte para poder llevarlo á cabo.

Oh! ya no era solo por salvar á Amelia y por devolver á Horacio la calma, por lo que yo debia aparecer culpada a sus ojos: mi sacrificio iba á servir para apartar su corazon del mio!

Asies que cuando él, reponiéndose algun tanto de su pasada emocion, volvió á tomar la palabra, ya estaba yo segura en el camino que debia seguir.

—María,—murmuró con acento mas tranquilo:

—María, guardemos cada cual en el fondo del corazon nuestros mas callados sentimientos y responda V. sinceramente á esta pregunta. ¿Para que habia V. bajado al jardin anoche sola y á deshora? ¿era á V. á quien buscaba el hombre cuyo acento pude oir? Oh! hable V. porque espero con ánsia su respuesta: era á V. á quien habia venido á buscar.

—Si señor,—respondí con voz lenta:—á mi solamente.

—¿Y... era á una cita de amor á la que V. acudia?

—Si!—volví á responder con el acento empapado en llanto,—si señor!

En este instante algunas ramas se agitaban imperceptiblemente á mi espalda: volví la cabeza y pude ver el rostro de una mujer medio velado en la espesura.

Aquella mujer era Amelia que ocultaba el semblante en su pañuelo y que lloraba en silencio.

Oh! ¿qué significaban aquellas lágrimas? ¿qué podia arrancarlas de su duro y helado corazon?

Horacio impresionado con mi respuesta, de nada de esto se habia apercibido.

Oh! tengo aun mucho que decirte, pero me llaman: la anciana Condesa necesita de mí y debo suspender esta carta. Mañana te escribiré de nuevo; entretanto á Dios y compadece á tu pobre hermana.—MARÍA.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL HERMANO LEON.

(Conclusion).

Cuando el rey de Chipre llegó al gran salon á través de la multitud del pueblo, la figura del delfin y las de sus consejeros, no demostraron un placer muy grande. Se parecian á una reunion

de personas sorprendidas en la mesa por un convidado que no se esperaba. Sin embargo, el delfín bajó del estrado y quiso ponerse de rodillas delante de Pedro Lusínan, el que lo levantó y lo abrazó muchas veces, hasta que fué conducido por mano de aquel al trono inmediato al del rey Juan.

No mencionaremos aquí las arengas que fueron dedicadas al rey de Chipre por todas las autoridades. Estas arengas son mas antiguas que la dignidad real, y puede ser que la sobrevivan. Es preciso que este género de oratoria sea muy ingrato, pues á pesar del mucho tiempo que se ha cultivado no ha hecho progreso alguno. Pedro Lusínan podia deducir un mal pronóstico de la frialdad progresiva de aquellas arengas. La del preboste de los mercaderes fué acalorada; algo mas templada la del gran canceller, y la del delfín enteramente fria.

Sin embargo, el rey de Chipre expuso el objeto de su venida delante de rostros impasibles. En vano habló de la piedad hereditaria de los reyes de Francia; recordó el título de reyes Cristianísimos é hijos primogénitos de la Iglesia, palabras que en otro tiempo, en el reinado de los Capetos, hacian salir legiones de hombres armados y agitar su oriflama en la basilica de san Dionisio; todos permanecieron frios. La cuestion religiosa á nadie interesaba en Europa. Qué importaban los sarracenos á los franceses amenazados por Eduardo III, ni á los italianos en lucha con los alemanes?

Lusínan parecia no percibir esta tibieza.

—Espero confiado, Monseñores, dijo concluyendo, el cumplimiento de vuestra palabra.

La apatía habia sido mayor en el banco de las togas que en el de los guerreros. Cuando acabó de hablar el rey de Chipre, se levantó un par de Francia. Era un hombre grueso, con cara de toro, anchas y corcovadas espaldas, y cuyo exterior hubiera parecido mas brutal y grosero, si sus ojos no hubiesen brillado de nobles sentimientos.

—Señor, dijo, no ireis solo, hago voto de seguiros, tan luego como el servicio de mi rey me lo permita.

—Valiente Bertrand, respondió con urbanidad Lusínan que conocia de nombre á Duguesclin, valeis solo por un ejército, y si venís á Siria, recuperaremos infaliblemente á Jerusalem.

El delfín no habia puesto atencion á este corto coloquio entre los dos héroes; pero despues de haber escuchado algunos momentos á su chambelán dió en alta voz la orden de abrir la reja de hierro del gran salon. Al momento entró una tropa numerosa á cuya cabeza iba Brúle-

fer. Los Desolladores iban armados de espadas y picas, y llevaban sobre sus pechos una cruz de paño rojo parecida á la de Lusínan. Aunque el gran salon y los patios del palacio se llenaron, no estaban todos allí. Faltaban todavía los de las provincias. Mas tarde Duguesclin los llevó á Castilla, y se pudo observar, que estos hombres perdidos eran excelentes soldados.

—Ved, señor, los socorros que os tengo prometidos.

Pero el canceller Juan de Dormans se levantó.

—Estos hombres, gritó, están bajo el poder de la ley, y antes de todo deben responder á una acusacion capital. Sus grandes crímenes han llegado á su colmo, asaltando hace tres noches el convento de los celestinos.

Este apóstrofe embarazó á todos y especialmente á Brúlefer. Un defensor inesperado se presentó. Era el animoso prior que habia querido morir sobre las gradas del altar.

—Monseñor, dijo dirigiéndose al delfín; vuestra justicia está satisfecha. El ataque no fué dirigido por todos. Los Desolladores que se introdujeron en el claustro han sido muertos. Cuatro cadáveres están colgados en las horcas de Montfaucon.

Al oír aquellas palabras respiró Lusínan. Un murmullo de satisfaccion recorrió la asamblea.

—Gracia! gracia! gritaron por todas partes.

El delfín obedeció aquel grito que era conforme á los consejos de la sabiduría. Se aproximó al rey de Chipre y le dijo en voz baja, pero con acento penetrante:

—Señor, el rey mi padre está prisionero en Inglaterra y no tengo con que pagar su rescate. He estado á punto de faltar á mi palabra, lo cual ha sido causa de la poca alegría con que os he recibido. Ved ahí al que ha salvado el obstáculo.

Y señaló con el dedo entre la multitud á un monge apoyado sobre una columna.

Al momento que el rey de Chipre fijó los ojos en aquel sitio, se lanzó al hermano Leon, lo tomó de la mano y lo llevó hacía el estrado á cuyo extremo el monge persistia en quedarse.

—Señores, dijo Lusínan á los barones de Chipre, ved un monarca á quien muchos de vosotros no conoceis; venid á besar la mano al rey de Armenia.

—Estaos quietos, señores, dijo con calma el hermano Leon á los cortesanos que se aproximaban, y recibid la bendicion de un religioso profeso, aunque indigno, de la orden de San Francisco.

Un círculo de espectadores atentos y admirados se formó en derredor del hermano Leon y del rey cruzado, en medio de los cuales estaba el

mismo delfín conmovido con la singularidad de aquel encuentro. Pedro quería volver al mundo al monge coronado.

—Venios, Señor, le decia; yo parto con ejército y tesoros, seremos vencedores y volvereis á ocupar vuestro trono, ó vendreis á vivir con real pompa á la afortunada Chipre, donde vuestros abuelos han reinado por tanto tiempo.

El hermano Leon se sonrió y dijo:

—Señor, no me tienta ese porvenir. La vida de un religioso mendigante es mas dulce que la de un rey. Sed feliz. Yo vuelvo al claustro para no salir de él jamás. Hoy se ha hablado por la última vez del rey de Armenia.

El hermano Leon es un personaje histórico. En Versalles en la galería de las estatuas, se lee debajo de un busto coronado:

Leon VI, rey de Armenia.

Reducido á tres ó cuatro ciudades y viendo que no podia defender sus fronteras invadidas por los tártaros, los turcos y los mogoles, Leon pasó á Chipre, trasmitió todos sus derechos á Pedro de Lusignan, jefe de la línea primogénita de su familia, y se vino á Francia á tomar el hábito en los celestinos. Allí lo hemos encontrado. Murió en 1405.

Las pompas reales á que habia renunciado, aparecieron en las exequias. El mismo Carlos V acompañó sus funerales, y le hizo elevar en el coro de la iglesia de los celestinos, un mausoleo que representaba á Leon vestido con manto real, corona en la cabeza, cetro en la mano y á sus piés el leon heráldico de Armenia. Despues instituyó una memoria de dos misas diarias en favor del alma de este príncipe.

Todo esto subsistia antes de la revolucion. Los escudos se veian todavía en la puerta de la celda que habia habitado el real celestino. Los revolucionarios viendo en la iglesia esta magnífica tumba, creyeron que encerraba algunas riquezas y la derribaron. No se encontró en el fondo sino cenizas y un cilicio.

La estatua dividida en muchos pedazos quedó abandonada algunos años en un rincon del antiguo monasterio, hasta que la vió el caballero Lenoir que reunia en las salas de los Pettis-Augustin, las ruinas de nuestra antigua arquitectura. Despues de haber formado parte mucho tiempo del *Museo de monumentos franceses*, el busto de este rey decaído, se ha juntado con la coleccion toda entera en el palacio tambien decaído de nuestros reyes.

F. J. R.

RECUERDO Á LA AMISTAD.

SOBRE UNA TUMBA.

El aire sopla en su tumba,
La lluvia riega su losa,
Silencio por do quier reina,
No canta el ave canora.
Todo es tétrico y sombrío,
Todo la oracion pregona,
Estoy sobre su sepulcro,
Recuerdo las gratas horas
Que pasé en su compañía
Y hoy de la muerte la sombra
Cubre sus frias cenizas.
Alma mia, llora, llora,
Y dedica á la amistad
Una fúnebre corona,
Ínterin que sopla el viento,
Mientras que las nubes lloran,
En tanto reina el silencio
Y calla el ave canora.

Dejadla dormir: su sueño,
No turbe las bulliciosas
Quimeras de aqueste mundo
Miseras, engañadoras.
Dejadla que en su letargo,
Permanezca: y que su losa
Cubra de sombrías flores
Quien la recuerda y la llora:
Dejad, dejad que sus lágrimas
Esa losa mortuoria
Penetren, se filtren, lleguen,
Dejadlas que libres corran
Hasta regar el cadáver
De quien fué su protectora,
Ínterin que sopla el viento,
Mientras que las nubes lloran,
En tanto reina el silencio
Y calla el ave canora.

Dejad que mi lira lance
Al cielo, que es donde mora,
Notas de melancolía
Que son recuerdos, memorias.
Dejad crucen el espacio
Y que lleguen á la gloria,
Y en tanto que yo suspiro.
Dejad que las verdes hojas
Se amarillen y se sequen
De su fúnebre corona

Y no turbeis su reposo
Hollandó su pobre losa
Porque duerme el sueño eterno,
Y no despertará ahora.
Dejad, pues, que sople el viento
Ínterin muchos la lloran
Dejad que reine el silencio
Y calle el ave canora.

Juan Vega.

Villagarcía de Campos 29 Setiembre de 1876.

EL DEVOCIONARIO.

Un día lo cerré; quedò durante
largo tiempo, al olvido relegado,
y solo entre los otros colocado,
porque cubriera un hueco del estante.

Á contar de aquel día en adelante,
sediento de saber, he devorado
cuanto la ciencia humana ha imaginado,
con el arcano en su luchar constante.

Me ha perseguido la desgracia impía,
y buscando consuelo á sus agravios,
vanamente encontrarlo pretendia

en algunos de aquestos libros sábios.
Volvílo á abrir entonces, y consuelo
me supo dar, porque me habló del cielo.

D. J. Delicado y Rendon.

Á MI AMIGO EL SR. DR. EN SAGRADA TEOLOGÍA

D. GERÓNIMO BECERRA

AL RECIBIR LA INVESTIDURA.

SONETO.

Llegaste ya á la cumbre; el pié reposa
Y tiende en torno tu mirar de atleta,
El pecho alienta; al ánima sujeta
Rompe del miedo la cadena odiosa.

Ya el alba asoma la su faz hermosa
Detrás del monte que á los cielos reta,
Huyen las sombras y la luz inquieta
Las nubes tiñe de amaranto y rosa.

Como voz en la mar embravecida
Se alza á tu piés el temeroso acento
Del pueblo que te mira sanguinario...
¡Oh ciencia! ¡oh religion! ¡oh fuerte vida!
Del mundo triste generoso aliento
Y que tiene su gloria en el Calvario.

Francisco Jimenez Campaña.

VARIEDADES.

(Conclusion.)

Crece la tempestad. Cipriano se extravía y sigue el sendero que le conduce á la cima practicable de los Alpes, cruza veredas y mas veredas en busca del sendero de la Peña, y no lo encuentra. Le hemos visto ya horrorizado, y hemos oido un grito de agonía al desaparecer entre la nieve.

Cipriano medio hundido busca un punto de apoyo en que descansar los piés; no lo encuentra, y cubierto de nieve y ahogándose exclama:

—Virgen santa de la Peña, ¿me has abandonado?

—No, le contesta una voz interior ó exterior, que él no sabe distinguir; y animado por esa voz agita brazos y piés hasta que cesa el arrastre, y levantando su cabeza de entre la nieve y al resplandor de una extraña luz, casi bubiera preferido no abrir sus ojos, tanto le horroriza la situación en que se encuentra. Si resbala un paso mas, se abisma en un precipicio de mas de doscientos cincuenta piés, donde le esperaba una muerte horrible y segura.

—¡Madre mia! exclama temblando extraordinariamente; y volviendo maquinalmente la vista, distingue á poca distancia una forma humana esbelta y graciosa que tiene en sus manos una lámpara cuya luz ni el viento ni la nieve pueden apagar.

—¡Salvacion, socorro!

—Ven, no temas, le dice la persona que sostiene la lámpara.

Al oír tal invitacion se siente reanimado, recobra el vigor que perdieran sus miembros entumecidos por el frío; llénase de alegría y santa esperanza, y emprende el camino con una agilidad asombrosa; sus ojos pueden conservarse abiertos á pesar del viento y de la nieve, siguiendo siempre la direccion de la lámpara.

Entre tanto se acerca á la luz, y al volverse la persona, que la sostiene, reconoce Cipriano un rostro de mujer de una hermosura y esplendor divino.

Quiere exhalar un grito y prosternarse á sus plantas, pero al instante la vision desaparece.

Cipriano gira la vista en torno suyo, y se encuentra en la plazoleta que da frente á la capilla de Nuestra Señora de la Peña.

María salvó á Cipriano.

Todos los años, al terminar el otoño, comienzan á arder delante de la santa imágen diez cirios muy grandes, dádiva del agradecido Cipriano, y que sus herederos procuran continuar aun hoy día con suma religiosidad.

P. V.

Imprenta de la Fé, Mendez Nuñez 26.